

EL PODER DISCIPLINARIO DE LA PSICOLOGÍA. UNA LECTURA FOUCAULTIANA

Eduardo Alcauter Saucedo

Mario Alberto Jaimes Martínez

Luis Fernando Jiménez Barriga

José Morales González

Laboratorio de Psicología Social de la UMSNH

soyloqueeshoy@gmail.com

A decir por las publicaciones y presentaciones en congresos de unos años a la fecha, parece que la violencia es un tema "actual" para la psicología, sobre todo la violencia doméstica. Sin embargo, un ligero ejercicio reflexivo debería llamar la atención sobre la violencia que se practica desde la propia psicología. Razón por la cual este texto se aboca a mirar hacia nuestra violencia doméstica, la violencia ejercida en, y desde, la propia casa de quienes practicamos este poder disciplinario de la psicología. El presente escrito es una lectura de la obra de Michel Foucault, centrada en el poder que la psicología efectúa en la producción de su conocimiento. Trata sobre la violencia como compañera histórica de la psicología, sobre la violencia como su práctica disciplinar, la violencia como epistemología y la violencia que produce al sujeto psicológico.

1. El nacimiento de la psicología fue una medida policíaca

Las prácticas sociales que hicieron posible el saber de la psicología, dice Michel Foucault (1964), fueron dispositivos de control del siglo diecisiete y dieciocho que se encargaban de mantener el orden social de la ciudad.

En aquellos siglos la locura fue entendida como un atentado al orden público, ¿por qué? Porque la locura fue situada justo al lado de la razón, en un movimiento de exclusión, y desde la razón se le definió como aquel discurso que "no puede circular como el de los otros: llega a suceder que su palabra es considerada nula y sin valor, que no contiene ni verdad ni importancia, que no puede testimoniar ante la justicia" (Foucault, 1970, p. 14). Por tanto, haciendo uso de la razón, la locura quedó eliminada. Dejó de verse como un fenómeno enigmático que encerraba alguna verdad; se le emparentó con el error en el pensamiento, después con el ocio y por ende con la pobreza, más tarde con la homosexualidad y con la blasfemia. Poco antes sólo se le exiliaba de la ciudad, después se le confinó a los internados; movimientos guiados por la lógica de la exclusión.

El encierro fue, a la vez, exclusión e integración, ya que los lugares de encierro, antiguos leprosarios, eran destinados a locos, pobres, desocupados e insensatos por igual, a quienes se les trataba de integrar al orden impuesto por la burguesía, la monarquía y la iglesia. Fue un asunto administrativo, "un asunto de policía". Estos hospitales fueron mecanismos de eliminación de los asociales, de personas heterogéneas y nocivas al status quo, aquellos mismos que "nosotros distribuimos (ahora) entre las prisiones, las casas correccionales, los hospitales psiquiátricos y los gabinetes de los psicoanalistas" (Foucault, 1964, p. 126). La historia de la locura de Foucault puede leerse como la historia del nacimiento de la psicología tal como la conocemos ahora. La época clásica (siglos XVII y XVIII) habría comenzado a aprehender la locura como desorganización de la familia, como desorden social, como peligro para el Estado. Actualmente, la psicología es un dispositivo de control más, sumado a la larga lista de prácticas sociales dedicadas a mantener el orden establecido. Según se dice, la psicología ya es ciencia humana que a través de un conocimiento de "lo humano" se acerca a su objeto de estudio con las mejores intenciones de ayudarlo.



«La reunión social» Diana Ong

Como toda ciencia que se precie de ser tal en el espíritu positivista encontrará sus objetivos en la investigación de lo real guiada por el sentido de lo útil, del mejoramiento continuo de nuestra condición individual y colectiva, no sin previamente garantizar el conocimiento certero y preciso. El fin máspreciado para la filosofía positiva es el de organizar aquello que conoce sustituyendo todo lo relativo por lo absoluto. Así entendía Augusto Comte el objetivo de su espíritu positivo, que ahora anima la práctica científica con los verbos (o las consignas) de observar, medir, predecir y controlar. ¿No resultan escalofriantes estos objetivos cuando se trata de asuntos humanos? Son estos los objetivos científicos que justifican la acción violenta de las ciencias humanas en pos de un mejoramiento continuo de nuestras condiciones de vida, y son estas mismas acciones (observar, medir, predecir y controlar) la ejecución de técnicas disciplinarias que las ciencias humanas ejercieron en la instauración de un sistema carcelario.

A propósito de Comte, Foucault no veía en él al padre de la sociología, sino que ubica los antecedentes de la sociología en la medicina, que desde antes ya se encargaba, junto con los militares, de gestionar la distribución de la población en el espacio social (Foucault, 1979).

2. La disciplina como violencia solapada

¿Qué es el poder disciplinario que da título a este escrito? ¿Cómo es que lo ejerce la psicología? Las disciplinas, dice Foucault en *Vigilar y castigar* (1975), son los "métodos que permiten el control minucioso de las operaciones del cuerpo, que garantizan la sujeción constante de sus fuerzas y les imponen una relación de docilidad-utilidad" (p. 141). Durante los siglos XVII y XVIII han nacido las disciplinas como "fórmulas de dominación", que prepararon la cuna para el nacimiento de las ciencias humanas y sociales. Y es que las disciplinas de las que habla Foucault no son las disciplinas científicas que hoy conocemos, aunque ahora se verá cómo éstas son una continuación de aquellas, las cuales estaban contenidas en reglamentos militares, escolares y hospitalarios, y en todo aquel conocimiento que tuvo como objeto de estudio al cuerpo humano, conocimiento que no ha descubierto la naturaleza humana, sino que ha sido su productora y rectora. ¿Cómo es esto? El control que ejercen estas disciplinas sobre el cuerpo (en su anatomía y en sus movimientos), no es a través de una dominación violenta y costosa como se hacía en la esclavitud, puesto que no es una apropiación del cuerpo a través de ataduras y castigos que muestren una fuerza superior capaz de dominarlo, o matarlo si el cuerpo no se somete.

Estas disciplinas no matan, sino que dejan vivir, no anulan al hombre, sino que lo hacen valioso, establecen un vínculo con él, forjándolo "tanto más obediente cuanto más útil y viceversa". Estas disciplinas no derrochan poder, pues no lo tienen, al contrario, aumentan las fuerzas del cuerpo humano (haciéndolo útil) al tiempo que reencauzan esa fuerza (haciéndolo obediente). Piénsese en el aumento de la eficacia que gana un estudiante al estar encerrado en un salón con una distribución ordenada de butacas en líneas que permita al docente una observación total del grupo desde su pequeña y altiva tarima, donde además estén clasificados los estudiantes por rangos, los más distraídos adelante, por ejemplo. Ahí tenemos la clausura, la distribución espacial, la observación (vigilancia) constante y la clasificación, que son sólo algunas técnicas disciplinarias que se aplicaban por igual en escuelas, fábricas o prisiones, que tienen como producto cuerpos dóciles, obedientes y útiles.

Esto es el poder disciplinario, que "no encadena fuerzas para reducirlas; lo hace de manera que a la vez pueda multiplicarlas y usarlas", al mismo tiempo que analiza, diferencia a los individuos y en su diversidad ordenada, los administra. "La disciplina 'fabrica' individuos -afirma Foucault (1975)-; es la técnica específica de un poder que se da los individuos a la vez como objetos y como instrumentos de su ejercicio" (p. 175).

3. Normalizar es un proceso violento

"Las instituciones disciplinarias han secretado una maquinaria de control que ha funcionado como un microscopio de la conducta -escribe Foucault-; las divisiones tenues y analíticas que han realizado han llegado a formar, en torno a los hombres, un aparato de observación, de registro y de encauzamiento de la conducta" (1975, p. 178). Las alusiones a la psicología como disciplina, si no son explícitas, no se está leyendo con cuidado.

El castigo del poder disciplinario no recurre a la fuerza (como ya se dijo), sino a la normalización, aquí se verá cómo es eso que la disciplina "fabrica individuos". Lo que sanciona la disciplina es aquello que no se ajusta a la regla, las desviaciones. A través del calibramiento de los individuos y el establecimiento de sus diferencias se señalan las desviaciones, se jerarquizan las cualidades, pero también se castiga y se recompensa. El poder de la norma no es la represión, pues si bien homogeniza y excluye buscando que los individuos se asemejen, también diferencia y jerarquiza permitiendo las desviaciones; de hecho, las diferencias son un imperativo al introducir una medida, pero dentro de ella son bien definidas las

desviaciones, claro, desde la perspectiva de la norma. Todas las ciencias, análisis o prácticas con la raíz "psico-" -dice Foucault- tienen lugar en este proceso de individualización. Proceso mediante el cual las disciplinas-ciencias ejercen su tecnología de poder para producir una naturaleza humana, haciendo al hombre visible, diferenciable, calculable, a la vez que este poder disciplinario se oculta, se hace anónimo y funcional bajo indiscutibles verdades psicológicas.

El individuo es una realidad fabricada por esa tecnología específica de poder que se llama la "disciplina". Hay que cesar de describir siempre los efectos de poder en términos negativos: "excluye", "reprime", "rechaza", "censura", "abstrae", "disimula", "oculta". De hecho, el poder produce; produce realidad; produce ámbitos de objetos y rituales de verdad (1975, p. 198).

Piénsese en el discurso psicopatológico contenido en el DSM (Manual Diagnóstico y Estadístico de los Trastornos Mentales -en castellano-), que en nuestra Escuela los estudiantes memorizan, este catálogo de personajes sin rostro ni biografía pidiendo ser medicados. En 1952 se publicó por primera vez ya con la advertencia (o la amenaza) de que no era el DSM a secas, sino el DSM-I, que vendrían más ediciones. Esta primera incluía alrededor de sesenta enfermedades. En 1968 apareció el DSM-II aumentando su surtido a 168, que si no hubiera sido por la acción de un colectivo homosexual la cantidad hubiera quedado en 169. En 1980 apareció el III y siete años más tarde la edición revisada, que añadía 29 categorías. ¿Qué debemos pensar? En 1992 salió el DSM-IV con 221 nuevos trastornos, ocho años después su revisión, que es la que conocemos ahora y con la cual nos conocemos ahora. Se espera ya con ansiedad el DSM-V.

¿Qué nos dice esta progresión de ediciones y aumento de trastornos? ¿Que las enfermedades son históricas por lo que varían con el tiempo y son necesarias las distintas ediciones y revisiones? Al contrario, la psicopatología es ella misma histórica, está sujeta por condicionantes históricas, sociales y económicas; ¿o quiere decir que esta clasificación no ha servido para curarlas y al contrario las multiplica? El discurso de la psicopatología no tiene como objetivo sanar los trastornos mentales, sino mantener un control sobre los individuos diferenciados; ¿acaso utiliza métodos cada vez más sofisticados y por tanto descubre más trastornos a medida que avanza en sus investigaciones? No descubre trastornos, sino que los produce a medida que su mirada abarca más ámbitos de la vida.



«La cooperación social» Arthur John Elsley

El DSM no sólo es un ejemplo de las técnicas disciplinarias que Foucault describe, es una caricatura que causa risa y terror. Se ha aceptado incluso por exmiembros de la APA que el DSM-IV es más un documento político que científico. Y es que es de los discursos, ejercidos desde la psiquiatría y la psicología, que tiene efectos inmediatos en distintas prácticas sociales; son conocidos los beneficios económicos producidos en el caso de los trastornos aparecidos en el DSM-IV, las ventas de Ritalin por el Trastorno de Déficit de Atención diagnosticado a 17 millones de niños en Estados Unidos. O la venta de Sarafem por el Trastorno de Disforia Premenstrual, criticado por grupos feministas por no tener un paralelo en Trastorno de Disforia por Deficiencia de Testosterona. Aquí está la producción de cuerpos dóciles; al niño se le hace útil económicamente, lo mismo que la mujer, en tanto son definidos en los términos de la psicopatología.

La clasificación de personas es pues sinónimo de fabricación de personas, ya que es a la vez un ejercicio de observación, medición y vigilancia, en sentido foucaultiano. Pero también de castigo y sometimiento, también en sentido foucaultiano. Es decir, estas técnicas disciplinarias se realizan gracias a un discurso que las posibilita; la observación que se ejerce desde la psicopatología se hace a través de la rejilla de la clasificación, y sólo puede ser ejercida por el profesional clínico, quien tiene el poder de ejercer ese saber, que además regula la vigilancia. La medición se hace desde la norma y se distribuye a los

sujetos en su diferencia. En esta medición está contenido el castigo, pues como dice Gergen, a nadie le gusta ser etiquetado por los nombres inventados por la psicología. "La mayoría de nosotros -escribe Gergen (1973)- nos sentiríamos insultados si fuéramos caracterizados como pobres en autoestima, colmados de búsqueda de aprobación, cognitivamente indiferenciados, autoritarios, anal compulsivos, campodependientes o de mentalidad cerrada". El efecto es la evitación de esas conductas no deseadas, que al servir de etiquetas sirven a la vez como castigo. Pero, como dice Foucault, quienes se salen del deber ser de la norma, son los que están definidos con mayor cuidado, son los más diferenciados, es decir, los que reciben mayor control.

El DSM-IV no sólo clasifica trastornos, sino que también dicta las formas legítimas de vivir. Asentada en el discurso médico, la psicopatología ejerce la observación, y luego entonces mide y diagnostica a los individuos. "Es necesario entender el discurso como una violencia que se ejerce sobre las cosas, dice Foucault, en todo caso como una práctica que les imponemos" (1970, p. 53). Como escribe Donna Haraway, "la visión es siempre una cuestión del 'poder ver' y, quizás, de la violencia implícita en nuestras prácticas visualizadoras. ¿Con la sangre de quién se crearon mis ojos?" (1986, p. 330).

4. La teoría es una acción política

"El menor fragmento de verdad está sujeto a condición política", dice Foucault (1976, p. 11). Cada enunciado dictado desde la psicología tiene implicaciones políticas, puesto que conlleva efectos de verdad. Esto es, que la posición de privilegio que ocupa la psicología, dado por la supuesta posesión de la verdad científica, aquello que afirma es de facto un hecho. Si el discurso, la palabra, es acción, para el discurso científico esta condición es cuanto más efectiva. ¿De qué forma el discurso de la psicología favorece a realidades establecidas?, es una pregunta que incesantemente hay que hacer. ¿No resulta sospechoso que la psicología se ocupe en demasía por aquello que se sale del orden establecido por las instituciones, como la escuela, la empresa, el hospital, la familia? Foucault demuestra cómo fue que las ciencias humanas (la pedagogía, el trabajo social, la psicología) sirvieron para la conformación de un sistema carcelario, al justificar y ejecutar una vigilancia y un sistema de penalizaciones. El castigo soberano del monarca en el siglo XVII, es un escarmiento a través del suplicio que tortura el cuerpo del criminal, lo aniquila en la plaza pública, para ostentar el poder absoluto del monarca. En mitad del siglo XVIII se comienza a ver como indigno

este castigo, y juristas, filósofos y teóricos del derecho lanzan reformas a fin de parar el suplicio en la plaza pública, espectáculo indigno para la humanidad del castigado. ¿Es necesario descuartizar el cuerpo del condenado tirando sus extremidades con cuatro caballos a la vez?, ¿es necesario matar al suicida fracasado?, ¿quemar la boca del blasfemo con hierro candente? A los castigos se los vuelve entonces benignos otorgándole humanidad. A los criminales se les encierra, se les da de comer, se les pone a orar y trabajar. Pero el encierro del siglo XVII es cosa de policía. "De policía en el sentido muy preciso que se le atribuye en la época clásica, es decir, el conjunto de medidas que hacen el trabajo a la vez posible y necesario para todos aquellos que no podrían vivir sin él" (Foucault, 1964, p. 101). El encierro no tiene un sentido curativo, sino de condenación a la ociosidad, condenación por todos los atributos éticos agregados al trabajo. Así que era una operación económica, política y moral a la vez, pero no curativa.

Esta reforma no estaba guiada a castigar menos, sino a castigar mejor. Se le sustrae al poder monárquico el poder soberano de castigar, no por lo terrorífico que resultan sus castigos, sino porque este poder estaba mal administrado, era discontinuo, contradictorio en ocasiones.

La reforma estaba orientada a lograr una economía política del castigo, que se ejerciese de forma continua y distribuida en la continuidad del cuerpo social, con una "severidad atenuada", pero castigando con más universalidad y necesidad. "Que el castigo derive del crimen; que la ley parezca ser una necesidad de las cosas, y que el poder obre ocultándose bajo la fuerza benigna de la naturaleza" (Foucault, 1975, p. 110). Es decir, las penas fueron formuladas de tal forma que se percibieran como naturales, como necesarias.

El libro de *Vigilar y castigar* puede ser leído como el puente histórico que hay entre la tortura que se le impone al cuerpo del criminal en la plaza pública y la pena que se ejerce contra la vida del delincuente en la prisión. El puente histórico que hay entre el derecho de matar y el derecho de administrar la vida del delincuente. El puente histórico que justifica el que ya no se decapite, pero se encarcele. Este puente histórico que los hombres construyeron para que las penas como el encierro, la intervención psiquiátrica, el tratamiento psicológico, la acción de la pedagogía, etcétera, parezcan necesarias, justas, benévolas, humanitarias, ¿pero acaso no ocultan la violencia ejercida desde las instituciones?

Ahora el poder disciplinario sigue articulado a esa mancuerna que surgió en el siglo XIX entre las instituciones, el Estado y las ciencias humanas y sociales. El saber de estas ciencias sirvió como coartada para establecer el sistema carcelario, esa sociedad disciplinaria, puesto que definió la naturaleza humana y con ello lo que debe ser el hombre, lo que es normal de suyo, aquel orden conveniente que debe tener su vida, su psicología. Desde las ciencias humanas se le asignó al individuo atributos, se le colgó una naturaleza, para sujetarlo con su saber, y se puso en marcha discursos sobre la población, sobre la sexualidad, sobre la locura, sobre la ilegalidad.

Dicho lo anterior, se podría concluir que la obra de Michel Foucault nos hace una serie de advertencias:

1. Que el nacimiento de la psicología es deudor de prácticas sociales destinadas a mantener el orden social, instauradas por las autoridades legales y religiosas. Y tal como se da cuenta en sus obras, la psicología sirvió y ha servido como medida policiaca.

2. Que las disciplinas, aquellas técnicas disciplinarias del siglo XVIII y estas disciplinas humanas y sociales de ahora, no actuaron y no actúan con la fuerza del poder destructivo y represor, sino con el poder en sentido foucaultiano, aquel que a través de los discursos produce realidades, aquel que tiene como efecto, por ejemplo, el sujeto psicológico, cosa dócil fabricada por el discurso de la psicología.

3. Que el dispositivo por medio del cual la psicología ejerce su poder es la normalización; la norma es el saber producto de los verbos que ejecuta la ciencia: observar, medir, controlar y predecir. Que en términos foucaultianos serían: vigilar, individualizar, castigar y dictar realidades.

4. Que la teoría es una práctica política. Que la neutralidad es epistemológicamente, y por lo tanto políticamente, imposible. En consecuencia, cualquier práctica que presuponga un "conocimiento verdadero" es sospechosa y cuestionable.

5. Se puede ver sin sorpresa que en la psicología, en México, y en general en las corrientes principales de pensamiento de esta disciplina, la tecnificación de su conocimiento está justificada por la demanda de llevar a la práctica su saber ofreciendo soluciones a cualquier tipo de "problemática" "social" y "humana".

No hace mucho, alguien hizo cuentas y observó que ya tenemos más soluciones que problemas. Foucault nos advierte que las cárceles no están hechas para acabar con la delincuencia, que las penas y correctivos (o soluciones) no son naturales, claro, pero que tampoco son naturales los crímenes (o problemas).

Bibliografía

- Foucault, M. (1964). *Historia de la locura*. México. FCE. 1999.
- Foucault, M. (1970). *El orden del discurso*. Buenos Aires. Tusquets. 1992.
- Foucault, M. (1975). *Vigilar y castigar*. México. Siglo XXI. 2003.
- Foucault, M. (1976). *Historia de la sexualidad I*. México. Siglo XXI. 2002.
- Foucault, M. (1979). *El ojo del poder*. En Bentham, J. (1980). *El panóptico*. Barcelona. La Piqueta.
- Gergen, K. J. (1973) *La Psicología Social como historia*, Anthropos, 1998.
- Haraway, D. (1986). *Conocimientos situados: la cuestión científica en el feminismo y el privilegio de la perspectiva parcial*. En (1991). *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*. Madrid. Cátedra. 1995.



«La sociedad del café» Valerie Lennon